EL SECUESTRO de JUAN FILLOY

de la eterna memoria

Gonzalo Otero Pizarro

UniRio editora

EL SECUESTRO DE JUAN FILLOY

por

Gonzalo Otero Pizarro

Universidad Nacional de Río Cuarto
Río Cuarto – Córdoba – Argentina

Índice

Capítulo 1
El secuestro 9

Capítulo 2
El partido 27

Capítulo 3
La estaqueada 39

Capítulo 4
La sentencia 61

Capítulo 5
El fusilamiento 79

Capítulo 6
El Gran farsante 85

Capítulo 7
El otro partido 101

Capítulo 8
El descubrimiento 115

Capítulo 9
El verdadero juicio 129

Capítulo 10
Un gran triunfo 139

Capítulo 11
Gitanería 145

Capítulo 12
Asado de chivo 155

Capítulo 13
Las cuitas personales 161

Capítulo 14
Las cuestiones generales 179

Capítulo 15
Conato de final 197

Capítulo 1

EL SECUESTRO

La mañana del domingo -sol por doquier, del que ennoblece los ánimos y aparta las tristezas- ha sido tranquila y apacible para don Juan Filloy. Salió de su casa con sobretodo, bufanda y sombrero, pero la audacia de Febo para esta mañana de junio le permitió hace rato desprenderse de los dos últimos adminículos, que ahora lleva en la mano izquierda, incomodándolo. Hablar con el sol, le había salido de repente. Y le había gustado la imagen, pensando que hay que trabajarla.

Reiterando sus costumbres, repitiendo viejas consignas jamás escritas, se había instalado temprano en su banco habitual de la Plaza Roca, justo enfrente de la Librería Superior -a la que no ha vuelto a entrar desde que se fue del país su dueño, Lino Frasson, amenazado de muerte por las Tres A-, en la vereda del oeste, donde mejor cae el sol, donde mejor parece desaparecer el invierno, donde las ocres hojas parecen bajar bailando cuando están cayendo. La Plaza Roca, que es central de Río Cuarto y a la que todos llaman simplemente la Plaza sin que lleve a equívocos, descansa en las mañanas dominicales, porque de lunes a sábados es un pandemónium.

A estas alturas del partido de la vida, tanto de la vida de él como de la de la ciudad, Juan Filloy es casi una parte de la plaza como

la plaza es una parte del hombre, que cada día hace deambular sus largos años, sus ojos inquietos y sus gruesas y desaliñadas cejas por el veredón ancho del paseo. También deambulan con él sus sueños de juventud, algunos olvidados a medias y la mayoría lejanos e incumplidos, en una maraña nebulosa donde se confunden con las soberbias realidades de su incomprensible y rechazada senectud, de su invariable querer sentirse joven, pero los primeros no logran salirse del embrollo por más que empujan, atascados y nerviosos como un yaguareté en un camalote llegando al Tigre. Pero él no lo sabe.

Esta mañana el viejo escritor había dedicado una media hora a meditar sobre algunos de los pasajes de Ignitus, que ha pensado cambiar en varios detalles, imprimiéndole más fuerza a algunas cosas y tachando otras, ahora que la imprenta Macció ha ofrecido reeditarlo. Pero no había sacado nada en limpio, nada claro, porque siempre abjuró de las correcciones al pedo (*pretensiones de quedar bien… ¿Con quién?* se dijo), de las estúpidas intenciones de modificar la ropa sin alterar el cuerpo, de las malsanas intenciones de modificar la forma sin tocar el fondo. *Bah…*, fue el resultado. Aunque había dejado la posibilidad abierta para alguna ocasión en donde no viese todo tan banal.

Después, había charlado algunas boludeces sobre pintura con el pibe Daniel Gil, hijo del escribano y ex intendente radical, simpático y dicharachero, que pinta más o menos lindo, pero tiene las ínfulas y es proclive a un autobombo que sólo podrían soportarse a un Picasso o a un Dalí.

Más tarde, tras enojarse porque un gorrión le había cagado el banco, su banco, justo al lado de su sombrero, se había divertido bastante por lo bajo cuando unos pendejitos se sentaron en la otra punta de su banco hablando de fútbol casi a los gritos; había saludado cortésmente a cada uno de los que pasaron por allí e intercambiado algunas frases anodinas con cada uno de los que se arrimaron a su banco. Es su costumbre, porque no hay nadie en esta Río Cuarto

ventosa que no lo salude, aunque está seguro de que algunos no deben saber ni siquiera quién es. Pero su figura y su cara bonachona es una fija todas las mañanas en ese banco, salvo que llueva. Claro que lo que más gracia le causa son algunos tipos o tipas que no saben ni qué decirle, pero lo hablan y hacen ingentes esfuerzos por mantener una conversación sobre cualquier cosa, que ellos deben creer inteligente. Y piensa que después, esos tipos y tipas deben pavonearse con sus amigos o relaciones, diciendo por allí, como al pasar, *hoy estuve conversando con don Juan Filloy y me dijo…, y andá a saber qué carajo ponen en mi boca.*

Más tarde aún, se había cruzado a un banco de enfrente para hacerse lustrar los zapatos por el rengo Chávez, ese callado lustrín que había inmortalizado Osvaldo Guevara como el *riocuartense que concilia zapatos y sol*. Filloy no lo tutea como la mayoría de la gente, y le dispensa un delicado Don Gregorio que al lustrabotas le encanta. Al recordar el inmenso poema de Guevara sobre Chávez, había dedicado en mente un reconocimiento al poeta trasplantado -*mejor exiliado*, se dice- a Villa Dolores hace tiempo, poco después del golpe militar. *Ah, Guevara…, tan chiquito y tan grande*. Y había dedicado también un recuerdo a los primeros tiempos de la SADE local, allá por el 59, cuando había conocido a Guevara, pero aún sin valorarlo, sin haber descubierto el inconmensurable mundo lírico y onírico que anida subrepticio en sus sonetos, todos redondos, sin máculas, todos impecables.

Cuando el sol estaba ya en el medio, cayendo como plomada y equiparando las hileras de bancos con su tenue calorcito, se había despedido de Chávez y cruzado otra vez al que llama su banco, del lado de los que miran a la calle, para poder ver como desde una tribuna a todos los que salían de la misa de once de la Catedral. Pensó entonces que la visión de esa salida masiva de la iglesia era una postal de la ciudad que nunca va a editarse pero es la más auténtica, la más veraz: caras y sonrisas de presunta bondad, corteses saludos mutuos, señoras emperifolladas, señores adustos y elegantes, y ni-

ños que parecen bien educados; además de patrones que acaban de echar a tres empleados pero ahora han comulgado, adúlteros que hasta se dieron el lujo de mirar a su cómplice y sonreír al marido de ella y curas que confiesan a sus feligreses sin haber confesado nunca a nadie sus propias lujurias, sus propias gulas y sus propias concupiscencias. *¿Cuántos de los que salen de esta misa realmente habrán vivido la ceremonia en serio, desnudándose ante Dios y catapultando sus pecados con hidalguía? Muy pocos; quizás ninguno*, había pensado don Juan, que no es lo que puede llamarse religioso, precisamente. Y eso lo había llevado a reflexionar sobre esa inveterada costumbre tan riocuartense de ir todos a la misma misa para ver a todos y que todos te vean, del mismo modo que, desde siempre, los habitantes de esta llamada Villa Heroica han preferido una sola confitería, pero lo suficientemente grande como para que se repita eso de ver y ser visto por todos. Había afinado la memoria y ese fenómeno se había producido en los años 40 y primeros 50 con El Espléndido, en los mismos 50 con La Ideal, en los 50 y 60 con el Grand Hotel, en los mismos 60 con Tourbillón y desde los últimos 60 con Xanadú.

Mira el reloj de la Catedral entre los plátanos casi pelados y se levanta. Lo hace muy despacio, pausado, pero una vez erguido se endereza, yergue el pecho, levanta los hombros y alza la cabeza. Y es un árbol fornido, como esos viejos plátanos que circundan la plaza, el anciano que emprende la retirada hacia su casa. Paulina lo estará esperando con alguna sorpresa dominical, seguro alguna exquisitez, porque nunca cocina ni hace cocinar lo mismo cada domingo, como sí hacen sempiternamente, aburridamente, las señoras de familias italianas.

Dejando pasar algunos autos, cruza la calle Constitución por la casi borrada senda peatonal, a la altura de la Cultural Británica y teniendo que esquivar las motocicletas estacionadas en casi toda la ochava de la plaza; mira distraídamente los trajes y camisas en las vidrieras de Casa Norton y dobla por San Martín a la izquierda. Siente un dolor raro en el pecho, un pequeño puazo, pero no le quiere dar

importancia. Siempre ha dicho a todos que no se va a morir del corazón ni de ninguna enfermedad rara, que él se va a morir de viejo, bien de viejo, *pero falta mucho, mucho*..., agrega siempre, cruzando los dedos índice y central de ambas manos sin que nadie lo note. Y en esos casos se amonesta: *soy un viejo cabulero*.

Va caminando despacio, pero erecto y firme como los punteros de las maestras de su infancia cordobesa. Es su modo de decir a todos, de propalar a los siete vientos, que no se siente viejo, aunque la verdad sea que sí se siente así. Pero lo quiere ocultar, lo tiene que ocultar; quiere que sea una cosa que sólo saben él, Paulina y los pocos que algunas veces lo han calado en un renuncio. Y sostiene, perverso, lo que cree una pantomima. No al pedo fue toda la vida un deportista. Y sus músculos inmarcesibles están aún presentes y contestes a los ochenta y tres. *No es poco*, se asegura, pensando en los que ya se han ido, algunos mucho menores que él.

Tras las vidrieras de Norton, siempre erecto, sonríe recordando la conversación de fútbol de los chicos en su banco; pibes que no pasarían de los quince años, unos purretes enloquecidos con la final del mundial que se juega hoy, empapados de patriotismo (*que no es sino patrioterismo*, piensa) por los goles que van a hacer Kempes y Luque, Luque y Kempes. *Qué sabrán estos mocosos... No conocieron ni conocerán el verdadero fútbol, el que se jugaba en los potreros y llegó a las primeras divisiones de todos los clubes, aquí y en Europa, en La Quiaca y en la China. Ahora todo es especulación, tirarse atrás, obstruir al adversario, cagarse a patadas, defender el arco como si fuese la Numancia del cerco cervantino, la plaza fuerte de una guerra, y meter a veces un gol, pero siempre de chiripa o carambola, por error de los otros, en un contraataque que –como máximo- puede ser certero, nunca genial... ¡Qué sabrán estos pibes! Si se han criado en los estadios de hoy, que no son más que circos de malas pasiones y fechorías...*

Enfrascado en el fútbol, enervado por su bronca con la decadencia irremediable del deporte rey, reviviendo en su magín los escenarios de antaño de su Talleres de Córdoba y de su Atenas de Río

Cuarto, el anciano no advierte ni la frenada brusca ni el descenso apurado de cuatro tipos, cuyas facciones no atina a mirar, pero se da cuenta de que uno de ellos le tapa la boca con un trapo mojado y oloroso, dos lo levantan en volandas -como agarrando a una gallina por debajo de las alas- y tres lo incrustan en un santiamén dentro del baúl de un auto. Eso sí: alcanza a ver en uno de ellos una barba de rizos grisáceos debajo de una pelada rara, rotunda. Y también alcanza a advertir que la tapa del baúl le roza la cara y le lastima la nariz al cerrarse de golpe y que el auto se mueve, raudo, ruidoso, justo antes de perder los sentidos, justo antes de caer en un enorme y desconcertante sopor, justo antes de la nada.

La gente que salía de misa y ha llegado -demorada en los interminables saludos- a la esquina de Norton, los que van en los autos que pasan por San Martín y el Pepín Monsó -que está entrando al diario de su abuelo- sólo pueden ver a un Falcon verde que se detiene, un tipo con una ametralladora en la mano que se para apuntando hacia el cielo y hace señas a todos los viandantes para que se retiren y tres tipos más que arrastran a un viejito y lo meten en el baúl del automóvil. Pero nadie ha alcanzado a ver que el viejito es don Juan Filloy. Eso sí: la escena que han visto no es nada anormal en los últimos tiempos. Los pocos que hablan de estas cosas lo hacen con muchos recaudos y sólo entre parientes o amigos muy amigos. Todos saben algo, pero casi todos callan todo. El mutismo se ha transformado en un modo de vida, mejor en un modo de sobrevivencia. El país parece acostumbrado y resignado a estas cosas y ellos son parte del país.

El Falcon verde arranca ruidoso y sale muy rápido, con la ametralladora asomada por la ventanilla del acompañante; pero, cuando los que se arremolinan en la esquina de Norton esperan que siga derecho hacia la Central de Policía de la calle Belgrano, que es lo que les parece más lógico, el vehículo dobla con rechinar de gomas por Constitución, el conductor pone una sirena portátil sobre el techo y la enciende, pasa por la Catedral, gira otra vez por Buenos

Aires, a la derecha, derrapando otra vez en la esquina y asustando a quienes estaban por cruzar, y se pierde en dirección al oeste de la ciudad. Todo ha ocurrido en instantes. La ululante sirena -*que debería alertar y no asustar*, piensa Lionel Gioda en la vereda de El Esquinazo- y la ametralladora fuera de la ventanilla frenan toda reacción y hasta todo comentario. Los que comparten la esquina con el periodista y también habían salido de la misa, se miran unos a otros, a alguno se le escapa una cara de asombro, pero todos callan, igual que en la esquina anterior. Lionel sólo atina a pensar en que *lo más escandaloso del escándalo es cuando ya no escandaliza, cuando es asumido por todos como normal, como dicen que dijo Simone de Beauvoir*. A él se lo había dicho Miguel Ángel Solivellas, unos días atrás, en la redacción de El Pueblo.

*****

La cacerola ya ha dado su último bufido y el guiso de lentejas, con chorizos españoles, salchicha parrillera y panceta ahumada, una de sus especialidades más celebradas por su marido, está listo.

El teléfono suena largo rato en el living. La señora termina de pintarse la boca, se acomoda las cejas, alcanza a pasarse un cepillo por el pelo, sale del baño con un plumero en la mano, se mira de costado en el espejo del living, desarruga la caída de su falda y se aprueba. Recién ahí recoge el tubo:

— Hola…

— Hola. ¿Es la casa del doctor Filloy?

— Sí. ¿Quién habla?

— ¿Es la señora de Filloy?

— Sí, señor. ¿Quién habla?

— Mire usted, señora. Escuche bien y no se alarme ni vaya a ponerse nerviosa. Su marido ha sido secuestrado. No hable ni pío con

la policía, ni con los periodistas, ni con nadie más. He dicho nadie. Sólo usted y sus hijos deben saber esto. A su marido no le va a ocurrir nada y va a estar bien, pero sólo si usted no habla. Pero usted debe seguir nuestras instrucciones a pies juntillas. De lo contrario, no lo verá más, se va a quedar viuda.

— Pero…

— Ni peros ni hostias. Espere a nuestra próxima llamada.

Y aunque Paulina Warshawsjy quiere seguir hablando, el click del corte le cierra toda posibilidad, aunque la mujer agita la horquilla, golpeándola varias veces en vano. Contrariada, deja el teléfono, tira sobre la mesa del living el plumero que había pasado de su mano derecha a la izquierda y se deja caer sobre el sillón forrado de gobelinos. Se rasca la cabeza en un gesto automático; se mira largamente las palmas de las manos en otro; se enrolla sobre las rodillas levantando las piernas hacia el pecho y poniéndose de costado, un ovillo; y decide que no va a llorar, que ni en pedo va a llorar, que va a enfrentar esta situación con tranquilidad, como lo ha hecho siempre en circunstancias parecidas.

Pero muy pronto se da cuenta de que nunca ha pasado por una circunstancia parecida a ésta. Y se ríe nerviosamente de sí misma. Desenrolla el ovillo de sus piernas y se baja del sillón. Camina un par de minutos en círculos concéntricos hasta que se alarga demasiado el último redondel y se choca una rodilla con el borde de la mesa. Le duele, pero así y todo, se vuelve a exigir el no llorar, se vuelve a imponer calma y toma el teléfono.

Desde Córdoba, Monique trata de calmarla, pero está mucho más intranquila que su madre. Y verdaderamente asustada. Alcanza a decirle que inmediatamente sale para Río Cuarto con su marido y que llame ya mismo al doctor Bustamante, que él sabrá qué hacer. Y corta llorando.

*****

Un arlequín mueve y agita sus brazos cuando la niña se le acerca. Se abrazan. Están sobre un escenario y la gente aplaude a rabiar. El Teatro Municipal está repleto y la niña agradece los aplausos con reverencias exageradas mientras sostiene los extremos de su falda tableada. El arlequín también saluda, pero siempre situado detrás de la niña, en un estudiado segundo plano. De pronto, cesan los aplausos, el público enmudece y las luces comienzan a apagarse de a poco, pasando de la plenitud a una penumbra y de ésta a la nada.

¡Qué oscuro! ¿Dónde estoy? ¡Qué frío! Juan Filloy se está desamodorrando poco a poco, como quien se despereza después de una pesadilla brutal, urgido de no volver a dormirse, peleando con vaya a saber qué fantasmas, tratando de recuperar sus facultades mentales y físicas. Pero le cuesta muchísimo, porque la mente no atiende de urgencias y tiende a dejarse caer de nuevo en el sopor. Entre brumas, entiende que es ilógico que haya soñado una estampa hermosa de su hija niña y se haya despertado como desde un sueño tenebroso. Se impone la conciencia de despertar y estira los brazos, lo poco que puede, porque está como encajado, encajonado. Las yemas de sus dedos tocan algo como metal, chapa tal vez. Golpea de modo suave y descubre con seguridad que es chapa.

El sobretodo le molesta en las axilas y el nudo de la corbata en el cuello, porque está hecho un ovillo, con las piernas recogidas sobre su trasero y casi tumefactas. Intenta estirarse pero no puede ni moverse, atado como un chancho de regalo. Siente dolores en todo el cuerpo, agujetas que se incrustan en sus carnes y hacen daño. Se toca la cara y siente un dolor más fuerte aún en la nariz, que recuerda le habían golpeado. Está totalmente oscuro. Se toca la boca y los dedos huelen a algo que no logra definir. Le cuesta mucho pensar; está y no está…

Desorientado y tratando de despertarse del todo, entiende que el lugar en donde está metido o atrapado se mueve, se bambolea. A la vez, lo rodea un ruido enorme, matraqueante, ensordecedor.

Golpea de nuevo la chapa, pero esta vez con mucha fuerza, para llamar la atención si hay alguien cerca. Nada. Vuelve a golpear, más fuerte. El ruido ensordecedor disminuye por algunos instantes y, después, el movimiento parece suavizarse, ralentizarse. Siente un golpe o salto que proviene del suelo de donde está pero lo lleva hacia arriba, golpeando su cabeza contra la chapa, que parece estar a escasos centímetros. Cuando está recordando entre brumas mentales que lo agarraron entre tres o cuatro, cuando está recordando entre esos al hombre de la barba enrulada, cuando está descubriendo que está dentro del baúl de un automóvil y que el automóvil se ha detenido tras un barquinazo, oye unas voces y golpes de cierres de puertas y la luz del domingo penetra y contrasta con el frío que lo agobia, porque le pega de lleno en la cara. Y la misma luz del domingo le permite percibir apenas que lo que los rodea es ruta y campo, pero no le permite ver el rostro de la persona que ha abierto el baúl y le dice amablemente *tranquilo, viejito, fa…fa…falta poco…*; y le vuelve a poner el trapo en la boca, pero dejándoselo apretado por varios segundos. La modorra vuelve… vuelve…

*****

El subcomisario Aspitia es joven, no muy alto, no muy flaco, de tez rubicunda y pelo colorado. Está sentado en su escritorio del primer piso de la Central de Policía, repasando sumarios anodinos: un ladrón de gallinas agarrado en flagrancia en el Barrio Alberdi; una mujer herida en accidente en la calle, camino al Golf; otras cuatro o cinco mujeres que justamente hacían la calle, pero no precisamente camino al Golf; la denuncia de un hombre que está buscando a su hijo; y un robo en Achiras, que acaban de traerle junto al paisano responsable o acusado de tal. Pero él sabe que no está para estas cosas menores, *estas pelotudeces,* porque su tarea se ha ido especializando cada vez más en la que entiende es la labor mayor de un policía: la caza de sujetos que quieren subvertir el orden, delincuentes políticos de todas layas, peronistas y zurdos especialmente, subseres adoradores del trapo rojo de Moscú. Y la

ciudad está infectada de ellos, especialmente desde que se creó la Universidad Nacional y comenzaron a proliferar esos grupúsculos de supuestos estudiantes, que no son sino verdaderos enemigos de la patria, auténticos subversivos. Él lo ha aprendido con seguridad, convencido de su cruzada patriótica, y está logrando que se haga carne en la tropa. Pero la realidad lo llama al orden, porque tiene que firmar esos sumarios intrascendentes; y los firma.

Nota que está cansado, tiene hambre y quiere dejar la guardia para llegar a su casa antes de que empiece la final del mundial. Y falta poco. Mira el reloj de la pared y se enoja porque ya son las dos. Le queda una hora. Se iría ya mismo, pero tiene que atender -y debe atender- a la que le han anunciado como la señora de Filloy. Con otra persona no importaría, pero si el comisario se entera de que no la ha recibido estando allí le puede caer una movida. *Este comisario tiene que terminar respetando del todo lo que hago,* se dice.

— Hacela pasar a la vieja esa, Gómez…, a ver si acabamos pronto, que quiero ver el partido contra Holanda. ¿Qué carajo querrá? ¿Estás seguro de que te dijo Filloy? ¿El escritor?

El subordinado, conocido como el Gato, gordo y desaliñado, algo así como un héroe de la interrogación y un maestro de la picana y el potro para sus compañeros, asiente levemente con la cabeza, sale al hall del primer piso de la Comisaría del Centro e invita a los dos visitantes a pasar.

Paulina y el doctor Joaquín Bustamante entran y saludan al comisario. El rostro aindiado del abogado y escritor no está tan lozano y sonriente como Aspitia tiene en mente de verlo en el Grand Hotel o por la calle. La señora le parece una señora normal, bien arreglada pero algo coqueta, sobre todo al tomar asiento. En pocas pero exactas palabras, sin lágrimas ni frenos, la mujer impone al funcionario de la situación, contándole todo lo que fue la conversación telefónica con el desconocido y con su hija.

— Pero…, no puede ser, señora. Eso es imposible. ¿Quién va a querer secuestrar a su marido, un escritor tan famoso…? En esto debe haber una confusión. ¿Así que dijo "ni peros ni hostias" y "a pie juntillas"? Debe ser español el que habló con usted.

— La verdad… no lo pensé, pero ahora que usted lo dice, señor comisario, puede ser que la voz sonara como española, pero no estoy segura.

Aspitia mira a la señora y acepta mudo el ascenso que le ha brindado, sin hacer caso a Bustamante. Y trata de buscar algo más en la dama:

— Bueno… Hay algunos que quizás puedan pretender alguna venganza sobre su marido, señora. ¿No recuerda por casualidad si el doctor le habló en algún momento de alguna relación con algún integrante de las bandas declaradas ilegales, esos Montoneros o los del ERP?

Pero Bustamante, que está pensando mal, pero muy mal, de Aspitia y hasta de su señora madre, se anticipa a la señora de Filloy:

— Mire, subcomisario, no jodamos. Ustedes mismos detuvieron hace unos meses al doctor Filloy y me consta que lo tuvieron en esta misma comisaría por varias horas, interrogándolo justamente sobre esos guerrilleros. Todo Río Cuarto sabe que fue así, y que el doctor Filloy no les dijo nada de nada porque nada sabía de lo que le preguntaron. Así que díganos de una vez si ustedes han sido quienes se lo llevaron y cuál es la acusación, porque es un hombre de nada menos que ochenta y tres años y no tienen derecho a detenerlo — El doctor Bustamante, devolviendo al policía a su grado, está dispuesto a no arredrarse, a plantar cara. Lo ha pensado mucho antes de venir, por lo que dice la gente, por los murmullos de la calle; y ha decidido, no sin un resquicio de temor, encarar en firme a los policías —. ¿O me va a decir que ustedes no lo tienen aquí? No puede estar en otro lado. Por favor, apiádese de la edad del doctor Filloy y tráigalo para tranquilizar a la señora.

— Le puedo asegurar que está totalmente equivocado, doctor. Y es muy llamativo que usted, que es un hombre del derecho, piense así. Tiene que saber que en esta comisaría no se hace nada sin que yo lo sepa… Y hasta puedo exagerar y decirle que no se hace nada sin que yo lo ordene. Los tiempos en que mandaban aquí los políticos han pasado. Y no volverán — a Aspitia se le ha escapado la afirmación y vuelve a su labor —. Además, si estuviera aquí, estaría a disposición de la justicia penal. Como abogado, usted sabe que, salvo los casos de flagrancia, la policía sólo actúa bajo órdenes judiciales. Nosotros somos muy respetuosos de las jerarquías.

La señora de Filloy parece creer en las palabras y afirmaciones del subcomisario, porque le pregunta:

— Bueno… ¿Pero van a salir a buscarlo? Ustedes deben saber qué hacer en estos casos. Mi marido está medicado y a sus ochenta y tres años no va a poder aguantar sin sus remedios…

— Quédese tranquila, señora, que vamos a mover cielo y tierra hasta encontrar a su marido.

— Bueno…, pero…

Pero Aspitia ya se ha cansado. Ha cumplido con atender a la señora y a Bustamante, que había sido profesor de su hermana Anita en el Nacional. Echa atrás su silla y espera que los visitantes se vayan. Pero ninguno se levanta ni amaga un saludo.

— Perdone usted mi insistencia, pero nosotros no nos vamos a ir de aquí sin saber qué ha pasado, subcomisario — le dice Bustamante por respuesta al ademán de terminar el asunto.

Pero el policía ha decidido, justamente, terminar el asunto. Y lo termina:

— No tengo nada más que decirles. Buenos días.

Mira por última vez a sus visitantes, pero esquiva la mirada cuando el abogado pretende fijarle los ojos. Y se retira hacia una puerta

interior y lateral que tiene detrás de su escritorio. La otra puerta se abre y entra de nuevo el Gato Gómez, tan rápidamente que evidencia que ha estado escuchando la conversación. El torturador toma del brazo a la señora de Filloy y trata de conducirla hacia esa puerta. El doctor Bustamante se da cuenta de que no hay mucho más que hacer, de que no van a sacar nada en limpio; y separa a Gómez de la señora con un gesto mitad educado, mitad provocador. Gómez queda a un lado, esbozando una sonrisa hienil. Y el doctor Bustamante toma gentilmente del brazo a la mujer:

— Vamos, Paulina. Ya veremos qué hacemos.

*****

El Ford Falcon verde entra despacio por el camino de tierra, mientras el sol, fuerte para la época, se muestra un poquito tirado al oeste, sesgado hacia las sierras centrales, escapando de su nacimiento, seguro sin advertir que va a su muerte. Han pasado hace rato por Berrotarán y unos cuantos kilómetros después del desvío de El Quebracho se han internado en el campo, largo y curvado caminito de tierra, rodeado de pequeñas sierras colmadas de espinillos. Cuando doblan la enésima curva, los cuatro ocupantes del automóvil advierten que han llegado a la casa.

Desde el sector donde se ha estacionado el auto, que está a unos veinte metros de la casa y a unos cinco metros más arriba que el nivel de ella, se pueden ver tres nísperos muy crecidos y una magnolia en el jardín del frente, así como diversos canteros con pocas flores de invierno. Hacia atrás, detrás de la casa, asoma la parte superior de una prolija hilera de cipreses muy antiguos, que hacen de telón de fondo; y a ambos lados, lejanos pero completando la cámara negra, dos batallones de álamos parecen custodiar la casa y quizás a sus ocupantes.

El tipo de la barba enrulada mira y vuelve a mirar el lugar, observa cada detalle, recordando el exterior como estaba exactamente

igual era hace treinta y ocho años. Para él, lo único que ha cambiado es la casa: antes era un rancho, aunque bien arreglado, ahora es casi una mansión de ricachones. Los otros no miran, porque han estado hace poco aquí.

— Salvo la casa, to…to…todo está igualito, che…, como era entonces — dice. Los demás no responden. Y los cuatro bajan del auto. Una ráfaga de aire helado les recuerda que, por más que haya sol, están en las sierras y que la tarde ha comenzado su lánguido cierre, su despedida.

— Dejate de pamplinas y vamos ya mismo a lo que íbamos, que estamos en una cuestión muy importante. No vinimos aquí para mirar estampas bucólicas ni para sacar a relucir tus viejos recuerdos. ¡Faltaría más! ¡Saquen al viejo del baúl y llévenlo inmediatamente a la pieza!

La respuesta y orden a la vez viene de otro de los hombres, que es el que lleva la ametralladora y sus modos hacen ver que debe ser el que manda. Tiene el ojo derecho que le supura y lo obliga a mirar con el otro, girando la cabeza para observar de costado porque tiene al de la barba enrulada a su derecha. El resultado del giro es una especie de mirada de loro o de lechuza, una mirada que la mayoría de la gente seguramente calificaría como desconfiada.

Pese a la energía de la orden del del ojo supurante, ninguno de los otros tres hace caso. Se quedan parados. Y el de la barba ruluda vuelve a mirar los alrededores. Sólo le falta silbar para que se note que está desatendiendo la orden adrede.

Los cuatro hombres están vestidos de traje y no parece que el largo viaje les haya movido siquiera el nudo de las corbatas, todas de seda, todas bordó. Los cuatro son cincuentones. Uno bastante gordo lanza un eructo, pero pide *perdoná* al de la metralleta, que sigue callado.

Tras la única palabra del gordo se produce un silencio que el del ojo parece sopesar porque nadie ha ejecutado su orden, cuando sale de la casa un paisano, de bombacha, faja y alpargatas, muy joven, treinta años a lo sumo, y saluda a todos, agregando que Argentina va ganando uno a cero, mientras comienza a abrir el baúl como si hubiese oído la orden que no pudo oír y, ahora sí, los demás -sin el de la barba ruluda- lo ayudan a sacar a Juan Filloy de allí.

El paisano queda asombrado al ver que la presa es un anciano, notándose que esperaba otra cosa. Pero el anciano está totalmente dormido y no se despierta ni con la luz ni con los ruidos, por lo que se ven obligados a levantarlo entre tres, alzándolo de los sobacos y los pies.

— Ya debe estar terminando el partido, mierda — dice el del ojo supurante y la metralleta en la mano –. A ver si se apuran, muchachos.

El de la barba enrulada persiste en no hacer caso; sólo se queda mirando hacia arriba, al cielo, haciéndose el distraído. Y encima silba, pareciendo La Felicidad de Palito Ortega, aunque desafinada. Y los otros tres transportan cuidadosamente al escritor, metiéndose a la casa, desviándose hacia un pasillo que hay a la izquierda y entrando a una habitación, donde lo depositan sobre la única cama que tiene la pieza. El doctor Filloy ronronea algo, resopla un casi estornudo, se rasca la nariz con una uña, en una acción que parece ser el inicio de un despertar, pero vuelve a dormirse, llegando a roncar. El criollito le limpia con su propio pañuelo la nariz, porque al rascarse han salido unas gotas de sangre.

— ¿No se te habrá ido la mano con la pichicata, che? — pregunta el del ojo, que acaba de entrar a la habitación, siempre con la ametralladora en las manos. El de la barba enrulada, que ha seguido a la comitiva pero sin hacer nada, porque a él ha ido dirigida la pregunta, exclama:

— ¡Che… pe…pe…pero vos siempre estás dudando de mí! ¿No tenés o… o… otra cosa que hacer que tratar de controlarme? No soy tan idiota como vos pensás. Si no es más que clo… clo… cloroformo, sólo algunas gotas de cloroformo. Ha… ha… harían falta cuatro o cinco litros para hacerle algo malo a este hombre. Que… que…quedate tranquilo.

El del ojo purulento enciende un Chesterfield importado con un encendedor Carusita. Mientras echa volutas de humo en forma de círculo, una tras otra, trasunta en sus ojos una duda y prefiere dejar las cosas como están, pero retoma su autoridad:

— ¡Bolsiquealo!

El de la barba enrulada -que a él ha sido dirigida la orden- vuelve a hacer caso omiso y mira al del ojo supurante con una medida de rebeldía, otra de bronca y dos de inquina, cóctel que al más gordo le parece explosivo. El instante de rebeldía del de la barba enrulada es secundado por el propio gordo y por el que no ha hablado pero chasca la lengua, como intentando sacarse algún resto de comida de entre los dientes.

Quizás para evitar discordancias, quizás porque entendió que la orden era para él, quizás porque sí nomás, el joven criollo se comide otra vez y revisa concienzudamente los bolsillos del escritor, encontrando sólo dos pañuelos de mano, un estuche de anteojos y tres billetes de diez pesos, además de unas pocas monedas, que no cuenta. Coloca todo lo hallado sobre la mesa de luz. Después le saca el cinturón y los cordones de los zapatos. Con una delicadeza parecida al cariño, acomoda al viejo escritor y hasta le pone una frazada por encima.

El del ojo deja la ametralladora apoyada sobre un escritorio que hay a la derecha y se arrima al escritor, tocándole el cuello, buscando la garganta, con ademán médico. Deja apoyados los dedos unos segundos sobre la yugular de Juan Filloy y pone una cara que a los

demás les resulta de asentimiento. El criollito vuelve a acomodar al escritor, como si pensase que el del ojo había arruinado su obra. Y los cinco dejan a Filloy vestido pero bien arropado, habiéndole sacado solamente el sobretodo el criollo al revisarle los bolsillos. El escritor duerme como un bendito y el criollito cierra la puerta con llave desde afuera.